

## «EL CRITICON» DE GRACIAN Y EL FILOSOFO AUTODIDACTO DE ABENTOFAIL

por

JORGE MANUEL AYALA

Durante muchos años, los comentaristas de Baltasar Gracián han creído ver una clara dependencia de *El Criticón* respecto de la novela filosófica “El Filósofo autodidacto” de Abentofail, filósofo musulmán del siglo XII y nacido en la ciudad de Guadix (Granada). Tras la “indiscutible aportación de Emilio García Gómez” (K. Heger, B. Gracián, pág. 20, n. 33) titulada “Un cuento árabe fuente común de Abentofail y de Gracián” (Rev. de Archiv., Bibliot. y Museos. Madrid, XLVIII, 1926), tal creencia parece haberse disipado definitivamente. Hasta el presente, la argumentación de E. García Gómez no ha obtenido contrarréplica a pesar de que el ilustre arabista dejó abierta la cuestión: “no desespero de encontrar algún día, o de que otros encuentren, huellas de este cuento que confirmen o modifiquen mis actuales conclusiones” (E. García Gómez, pág. 10). Por el contrario, actualmente se piensa que apenas si tiene relevancia que éste (*El Criticón*) pudiera surgir, como germen, de la “Risala Hayy ibn Yaqzan” (El Filósofo autodidacto), que señaló el s. XVIII, o de una fuente común para ambas obras como precisó Emilio García Gómez. El destino de la obra graciana es otro muy distinto como lo es respecto a la novela griega, aunque juegue con su técnica e incluso apele a las recapitulaciones...” (A. Prieto, *El Criticón*. Planeta, Barcelona, 1985, pág. LV). Según esto, asistimos a un claro desplazamiento de los focos de interés que hasta ahora venían siendo considerados como importantes.

¿Qué sentido tiene, pues, la presente vuelta a una cuestión resolutivamente superada o desplazada de los actuales intereses interpretativos de *El Criticón*? Se trata de un interés histórico-descriptivo: primeramente, exponer cómo surgió el problema y, en segundo lugar, mostrar desde la problemática subyacente a ambas obras las razones que inducen a excluir una hipotética dependencia de *El*

*Criticón* respecto de la novela de Abentofail. Todos los indicios están a favor de que no se pueden incluir dentro del "sincretismo barroco de las lecturas de Gracián" obras pertenecientes al pensamiento musulmán, una lengua que él desconocía absolutamente. "Junto a inventivas contra el Islán, Gracián cita nombres árabes como ejemplo o autoridades. Apenas si se puede colegir de esto un menor o mayor interés y conocimiento del mundo cultural árabe, que que generalmente estaba extendido en los siglos xvi y xvii (K. Heger, B. Gracián, Zaragoza, 1985 (reedic.), pág. 30). A pesar, pues, de tratarse de un tema que ha perdido aquel interés que tanta atención despertó en otras épocas, considero que para la historia de las interpretaciones de *El Criticón* tiene importancia el contrastar la idea filosófica dominante en *El Filósofo autodidacto* con la filosofía moral de *El Criticón*, y de esta forma desvelar el posible equívoco que indujo a tantos a ver entre ambas obras un parentesco nunca bien explicitado.

#### 1. — ANTECEDENTES HISTÓRICOS

Según Romera-Navarro, "la semejanza entre la parración inicial de *El Criticón* y el correspondiente marco de la acción de la *Risala* de Abentofail, fue señalada ya en el s. xvii, y se halla por primera vez en la versión inglesa de *El Criticón* de Paul Rycout de 1681" (K. Heger, pág. 19, n. 30). Posteriormente, el jesuita P. Bartolomé Pou, profesor de Filosofía en Colegio jesuítico de Calatayud, advirtió por su propia cuenta la coincidencia existente entre las primeras crisis de *El Criticón* y el libro de Abentofail "*Risala ben Yacdhán*", traducida al latín por el inglés Pococke con el título de "*Philosophus autodidactus, sive Epistola Abi Jaafar ebn Tofail de Hai ebn Yacdhán, in qua ostenditur, quomodo ex Inferiorum contemplatione ad Superiorum notitia Ratio humana ascendere possuit. Ex arabica in linguam latinam versa ab Edvardo Pocockio*". Oxonii, A. D. 1671. El P. Bartolomé Pou comenta en sus "*Institutiones Historiae Philosophiae*" acerca de la traducción de Pococke: "Quem librum latinum fecit Pocockius eo titulo Philosophus autodidactus. Cuius exemplo mihi Gratianus e S. J. expressisse videtur Andrenium illum suum in eo libro, cui critici nomen imposuit". Bartolomé Pou e S. J. in Seminario Bilbilitano philosophiae professoris, *Institutionum Historiae philosophiae libri XII*. Edit. Bilbili, 1693, pág. 199.

Con el tiempo, lo que inicialmente comenzó siendo una sospecha del P. Bartolomé Pou ("cuius exemplo mihi Gratianus expressisse

videtur”), se convirtió en un hecho casi indiscutible, viendo entre ambas obras una relación de modelo a copia. Menéndez y Pelayo, en el Prólogo a la primera traducción española de la *Risala* de Abentofail realizada a partir del árabe por Francisco Pons Bohigues y publicada en Zaragoza el año 1900, escribe lo siguiente: “No puede decirse que su patria olvidara completamente a Abentofail, y si admitimos que le olvidó, habrá que suponer que el s. xvii volvió a inventarle o a adivinar su libro; cosa que rayaría en lo maravilloso, y que para mí, a lo menos, no tiene explicación plausible... Léanse los primeros capítulos de *El Criticón* de Baltasar Gracián... y se advertirá una semejanza tan grande con el cuento de Hayy que a duras penas puede creerse que sea mera coincidencia” (pág. XLVI-VII). Por las mismas fechas, el arabista francés León Gauthier publicaba la traducción francesa de Hayy ben Yaydhan siguiendo un nuevo manuscrito hallado en Argel (1900). Posteriormente publicó una erudita monografía sobre Abentofail (París, 1909) en la que vuelve a insistir acerca de que “toda la primera parte da la novela de *El Criticón* es una clara imitación de Hayy ben Yaqdhan”. “Atribuir a la casualidad tal semejanza es una hipótesis perezosa y nosotros nunca aceptaremos” (págs. 52-3). El gracianista Alfonso Coster, copiando casi al pie de la letra a Menéndez y Pelayo, habla de “una similitud verdaderamente inexplicable”. “El punto de partida ofrece un parecido admirable con la idea central de *El Criticón*” (R. Hispanique, t. XXIX, 1913, págs. 540 y ss.). Finalmente, Miguel Asín Palacios escribe: “Nadie discute la imitación que Baltasar Gracián hace en su *Andrenio* de la novela filosófica de Abentofail “Hayy ben Yacdhan”... Las analogías del *Andrenio* con la novela árabe son innegables y el hecho de la imitación indiscutible” (La escatología musulmana en la Divina Comedia. Historia y crítica de una polémica. Boletín de la Real Academia Española, t. XI, 1924, pág. 29).

Pero este problema cambió bruscamente de dirección cuando Emilio García Gómez buscando nuevos datos para un estudio de la leyenda de Alejandro Magno (Dulcarnain para los árabes) en la España musulmana, encontró al azar en la Biblioteca escurialense un manuscrito morisco datado en el s. xvi y cuyo contenido eran dos cuentos titulados, respectivamente: “Historia de Dulcarnain Abumaratsid el Himyari” y “Cuento del Idolo y del rey y su hija”. Emilio García resume así la trascendencia de su hallazgo para el conocimiento de las fuentes de *El Criticón*: “En las páginas que siguen nos proponemos demostrar: primeramente, que la obra de Abentofail, Hayy ben Yacdhan, cuya génesis parecía hasta hoy inexplicable,

guarda indudable relación con el cuento árabe no conocido hasta ahora, y que esta relación es la que existe entre copia y modelo, habiendo dado pie al relato popular al armazón novelesco de la obra filosófica; y, en segundo lugar, que las semejanzas existentes entre los primeros capítulos de *El Criticón* y la novela alegórica de Abentofail son mucho menores que las que se observan entre *El Criticón* y nuestro cuento, que, en este caso, sería, separadamente, fuente común de las dos obras" (Revista de Arch., Bibl., y Museos. Año XXX, enero-junio de 1926, núms. 1 a 6, pág. 6).

El hallazgo de tal fuente común permitía salvar un escollo importante. Puesto que la primera parte de *El Criticón* fue publicada en el año 1651 y la primera traducción latina de la novela de Abentofail no apareció hasta el año 1671, evidentemente Gracián no pudo tener conocimiento de la obra de Abentofail a través de la traducción latina. Por lo tanto, la pista señalada por Emilio García parecía ser la acertada. Se han barajado distintas hipótesis acerca de cómo pudo Gracián llegar a tener conocimiento del cuento árabe, fuente común de las dos novelas filosóficas. Ya hemos indicado que Gracián no estaba familiarizado con la lengua árabe. En cambio, parece ser que durante los siglos xv y xvi existieron muy buenas relaciones culturales y humanas entre los moriscos y cristianos que habitaban los valles del Jalón y del Ebro. Hay una serie de indicios que favorecen la hipótesis de que Gracián llegó a tener noticias del cuento árabe a través de su continuo trato con los moriscos aragoneses o con los cristianos que convivían con los moriscos. Efectivamente, el manuscrito escurialense está datado en el siglo xvi, y la grafía de su letra denota clara procedencia aragonesa. Por otra parte, la existencia en el interior de dicho manuscrito de una hoja escrita en aljamiado es un indicio más a favor de la procedencia aragonesa del manuscrito escurialense. Tengamos presente que la literatura aljamiada se da en la época del mudéjar (siglos xv y xvi), siendo éste un fenómeno de creación cultural propio de Aragón. Más aún, es un fenómeno único en todo el mundo musulmán. Tan seguros estaban de su fe religiosa los moriscos, y, sobre todo, tan libres e integrados se sentían entre los cristianos, que se atrevían a transcribir sus textos religiosos y folklóricos a la lengua castellana, aunque fuera con escritura árabe. Los moriscos aragoneses, a diferencia de lo que sucedía en otras regiones españolas, hablaban el castellano tanto o más que el árabe. Seguramente, la mayoría de ellos no sabía escribirlo, por eso empleaban la grafía árabe.

Las pruebas aducidas por Emilio García Gómez en su largo estudio son de tal contundencia que obligan a abandonar definitivamente el hipotético parentesco entre Abentofail y Gracián. Por otra parte, resulta difícil, por no decir imposible, pensar en una imitación, pues una obra perfecta en su género como es *El Filósofo autodidacto*, inspira respeto o emulación, pero nunca deseo de imitación, y menos aún en un autor que había colocado la invención como expresión suprema del ingenio. Entre dos grandes filósofos, es decir, originales, no cabe la imitación, ni de las ideas ni de los relatos cuya propiedad intelectual aparece evidente. Sí cabe, en cambio, asumir un cuento, sobre todo si es anónimo o poco conocido, al estilo del Cuento del ídolo y del Rey y de su hija, cuya factura oriental deja traslucir la antigüedad y la rareza del mismo. Presumiblemente estamos ante una feliz coincidencia: con cinco siglos de diferencia Abentofail y Gracián supieron aprovechar algunos elementos narrativos del Cuento para soporte de sus respectivas ideas filosóficas. Abentofail lo hizo así para atenuar la aridez de la pura especulación; según algunos, para disfrazar ante la intransigente ortodoxia religiosa sus ideas filosóficas. Por otra parte, Gracián obró así "para juntar lo seco de la filosofía con lo entretenido de la invención", según norma de su propio hacer. En definitiva, ambos obraron así por su común carácter de filósofos alegorizantes: "Un apotegma agudo, una canción ligera, un cuento divertido, sea cualquiera su origen, que corren entre la gente, sin más ulterior trascendencia, los utiliza (el filósofo alegorizante) como materia prima para su estilización alegórica, si los juzga aptos para su propósito. ¿Iba a desdeñar Abentofail el relato que se le ofrecía como el mejor molde donde vaciar sus teorías filosóficas, y donde éstas adoptaban la forma del mito que era tradicional en la exposición filosófica del tiempo? Por las peculiares circunstancias históricas españolas, cinco siglos más tarde Gracián encuentra el mismo relato de Abentofail. ¿Iba tampoco a desdeñarlo, al ver en él el más deslumbrador arranque para su serie de alegorías morales?" (E. García Gómez, pág. 4).

La adaptación de un Cuento tan antiguo y hasta exótico, y dotado de insondable poder de sugerencia a un objetivo moral, parece ser una hipótesis más plausible que la conversión de una alegoría filosófica a un cuento o a otra obra filosófica de similar naturaleza. El cuento permite la inserción de una idea moral en su trama narrativa. Cuesta mucho, por el contrario, creer en la prioridad de una idea moral que dé lugar a un cuento, o bien en la transformación de una obra filosófica en otra obra semejante.

2. — LA NOVELA FILOSÓFICA DE ABENTOFAIL

Parece, pues, fuera de toda duda que Baltasar Gracián no tuvo conocimiento de la novela filosófica *El Filósofo autodidacto*; más aún, lo más probable es que ni siquiera tuvo conocimiento de su autor, Abentofail. El nombre de "Abubacher" frecuentemente citado junto a los nombres de Algazel, Maimónides, Avicibrón y Averroes en los escritos de los escolásticos cristianos, no se refiere a Abu Bakr ben Tofayl como falsamente se ha creído, sino que se refiere a Abu Bakr ben Bayya o Avempace. Por lo demás, resulta inverosímil pensar cómo podría haber llegado Gracián a conocer la novela *El Filósofo autodidacto* cuando ni el mismo Raimundo Lulio tuvo conocimiento de la misma. Por cualquier lado que analicemos esta cuestión, los resultados son siempre negativos; y la razón parece estar decididamente de parte de la tesis defendida por Emilio García Gómez.

El relato del nacimiento de Andrenio, cuyos padres desconoce, y de su crianza por una fiera en una isla deshabitada, forma parte de esa literatura legendaria que tanto Gracián como Abentofail usan libremente por ser del dominio común. Ambas obras, *El Filósofo autodidacto* y *El Criticón*, tienen estructura novelística cuyo soporte son símbolos de inagotables sentidos. Las dos obras están escritas, respectivamente, con una pretensión filosófica y moralizante. La filosofía de Abentofail conduce a una mística racionalista, mientras que el proyecto filosófico de *El Criticón* es moral: se parte de un conocimiento realista del hombre de su época y se acaba en la configuración de un hombre paradigmático que reúne en sí todas las excelencias que comporta "ser persona" en un mundo donde tenemos que habérnoslas con el engaño a la entrada y a la salida, y con un ambiente social en el que la vulgaridad ha suplantado al deseo de triunfo y de inmortalidad. Por tanto, la ciencia que se deduce de *El Criticón* es la ciencia del "saber vivir", el mismo objetivo que tradicionalmente se viene asignando a la ética o moral. Por eso repite insistentemente Gracián que este saber vivir es un "arte", porque tal saber no concluye en la pura contemplación de los principios sino en su sabia aplicación a la realidad vital. Naturalmente que en toda ética cabe también la posibilidad de distinguir los principios de su aplicación, pero esta labor metafísica no la llevó a cabo Gracián, al menos de una forma explícita. En *El Filósofo autodidacto* sucede todo lo contrario: el "Solitario" de Abentofail, siguiendo los impulsos de su propia razón natural, va elevándose a la

contemplación de los principios puros y a la degustación intuitiva de la esencia inmutable. Estamos, pues, ante dos filosofías: metafísica la de Abentofail y moral la de Gracián.

Entre los musulmanes, la filosofía neoplatónica llegó a ser el sustrato conceptual de su cosmovisión religiosa y ética. Pero andando el tiempo, al primitivo esquema neoplatónico se fueron adhiriendo doctrinas astronómicas, filosóficas y religiosas de diversas procedencias que dieron lugar a distintas corrientes de pensamiento y de espiritualidad. En la introducción a *El Filósofo autodidacto* expone Abentofail dos de estas corrientes: la aristotélica-neoplatónica y la mística. La primera, representada por el zaragozano Avempace, y la segunda por Avicena, aunque no en su totalidad. Abentofail se adhiere a esta última. Ambas corrientes tienen como dogmas inamovibles la creación o descenso de Dios a las cosas, y la vida futura o retorno de las cosas a Dios. Los musulmanes centraron todo su vigor especulativo en explicar racionalmente el retorno desde el mundo a Dios. Para ello se sirvieron de la teoría aristotélica del conocimiento: conocer equivale a abstraer, a separar nuestra facultad intelectual del ámbito de lo visible. La perfección adquirida por el hombre es proporcional a su poder de abstracción. Por esto, la filosofía, en cuanto abstracción pura es ciencia perfecta y hace perfecto al hombre porque le pone en contacto con la realidades invisibles llamadas "formas universales". El término del proceso abstractivo es la superación de toda pluralidad, aún la más pura, y alcanzar la Unidad, mejor, al Uno, superior al mismo Dios revelado.

Dentro de este contexto místico y racionalista hay que colocar la obra de Abentofail *El Filósofo autodidacto* para que pueda ser comprendida en todo su significado. Abentofail tenía ante sí el ejemplo filosófico y literario de Avempace, cuya obra *El régimen del solitario* es un claro antecedente de *El Filósofo autodidacto*. Siendo el mismo el objetivo de ambas obras, Abentofail no ha hecho otra cosa que desarrollar algunas ideas del filósofo zaragozano Avempace. Por esto, el parentesco espiritual entre los personajes de Abentofail "Hayy" y "Asal", por una parte, y el "Solitario" de Avempace, por otra, resulta más que evidente. Incluso coinciden ambos filósofos en la forma literaria de sus obras: se trata de una carta dirigida a un amigo. En cuanto al fondo filosófico de ambas obras, se constata cómo "Hayy" es un solitario por excelencia, un niño abandonado a su propia suerte en una isla no habitada por otras personas y por tanto libre de toda contaminación social. "Hayy", con el solo

esfuerzo de su propia razón natural, consigue elevarse al conocimiento del ser necesario y unirse a él alcanzando de esta manera una forma de eternidad. Para describir la unión con el Uno, fin último del hombre, Abentofail emplea la misma terminología mística que Avempace. La diferencia entre ambos está en que según Avempace la consecución del fin último no depende solamente del hecho de vivir en soledad sino de poseer un entendimiento privilegiado. Abentofail, en cambio, pone de manifiesto que ambas cosas son necesarias: si "Hayy" ha podido elevarse al Uno desde su soledad es porque a ello ha contribuido también su buena disposición intelectual.

Hacia el final de la novela, "Hayy" se encuentra con "Asal", otro solitario que llega allá huyendo de la soledad corruptora. Este personaje, "Asal", representa también a un personaje de Avempace, es decir, al sabio que huye de la peligrosidad propia de una sociedad de ignorantes. "Asal", desengañado ante la imposibilidad de encontrar una sociedad de hombres sabios, decide pasar el resto de sus días en una isla deshabitada, motivo por el cual llega a encontrarse con "Hayy". Por boca de "Asal", comienza "Hayy" a enterarse de la existencia de otras personas, de su corrupción, etc. Esto último, particularmente, le resulta inconcebible, pues piensa que todos los hombres están dotados de los mismos dones intelectuales de los que él goza. Movidio por este error metafísico, "Hayy" se embarca para ir a enseñar la sabiduría a aquellas gentes que, inconcebiblemente para él, viven sumidas en la ignorancia y en la corrupción. De su contacto con la gente, "Hayy" saca una idea importantísima: la religión es necesaria porque existen muchos hombres que no han sido agraciados con extraordinarios dones de inteligencia. De esta forma, la religión se convierte en una filosofía de masas, en la filosofía de esas gentes que no tienen la capacidad suficiente para elevarse hasta las ideas abstractas de la verdad, y por ello requieren un lenguaje accesible a su fantasía, unos ritos comprensibles y unas leyes prácticas para regular su vida terrena. El fin último al que pueden aspirar estas gentes es una salvación religiosa. El otro personaje de la novela de Abentofail, "Salaman", el amigo de "Asal" y que prefirió continuar en la isla habitada, representa a las masas populares. Es una persona feliz dentro de su ignorancia; se conforma con una salvación religiosa, aunque sea inferior a la que proporciona el conocimiento puro de la filosofía.

Las ideas éticas desarrolladas en *El Filósofo autodidacto* siguen muy de cerca las ideas expuestas por Avempace. Si éste ha dividido las acciones del hombre en tres grupos: acciones del hombre



en cuanto cuerpo, en cuanto espíritu animal y en cuanto ser intelectual, Abentofail describe las perfecciones del hombre según correspondan a la perfección de las tres formas del hombre: corporal, espiritual e intelectual. Esta moral es un corolario del racionalismo místico que profesaban ambos filósofos. Es una moral donde no cabe la grandeza de corazón (cristianismo) porque sólo la inteligencia es grande. El hombre nunca queda movido ni conmovido por Dios porque Este no es más que una esencia inmutable. El camino de perfección que debe seguir el sabio, el elegido, es el de la contemplación pero vivida en la máxima soledad; una soledad que también puede dar lugar al surgimiento de comunidades de solitarios. El móvil de éstos no es la contemplación de Dios (misticismo religioso) sino la pura contemplación (misticismo racionalista). Se engañan, pues, quienes creen que Avempace y Abentofail han buscado en sus respectivas obras filosóficas armonizar la Revelación con la Razón, como si se tratase de dos escolásticos cristianos. Para ambos filósofos la religión es una vulgarización de la filosofía cuyos destinatarios son las masas populares. Para ellos Dios ya no es ni vida, ni móvil de conducta humana, ni siquiera objeto de investigación. Por el contrario, ellos proclaman el derecho a pensar libremente, consideran a la filosofía como bien supremo y fuente de vida, y, finalmente, afirman la eternización del hombre mediante la participación en una esencia inmutable.

### 3.—“EL CRITICÓN” DE BALTASAR GRACIÁN

Baltasar Gracián no es un filósofo en sentido estricto, es decir, alguien que inquiere de una forma específica, ontológicamente, sobre el “ser” de las cosas. Ni siquiera en aquel llamativo párrafo de *El Criticón* en el que Andrenio le “asaltó de repente un tan extraordinario ímpetu de conocimiento y exclamó: ¿soy o no soy? Pero, pues, vivo, pues conozco y advierto, ser tengo. Mas si soy, ¿quién soy? (I, 1), ni aun entonces Gracián se comporta como un filósofo por más que la pregunta sí que es filosófica, pues Andrenio pregunta desde la radicalidad del umbral de su conciencia. A Gracián le faltó, no tanto la intuición filosófica cuanto una respuesta tematizada filosóficamente. En una época en la que todo era acción, movimiento, Gracián pensó que la filosofía había de tener por objeto enseñar a los hombres a vivir. Por esto, su reflexión sobre la vida tiene carácter pragmático, porque en aquel momento lo importante era “saber vivir”. Así, pues, según Gracián, para acertar a vivir hay

que comenzar por conocer la vida en sus múltiples manifestaciones: "Peregrinaron todos aquellos antiguos filósofos, discurriendo primero con los pies y con la vista, para discurrir después con la inteligencia" (Discreto, XXV).

Pero tan importante o más que conocer los juegos de la vida es el convencimiento de que en la vida "no basta la sustancia, requiérese también la circunstancia" (O. M., 14). "Las cosas no pasan por lo que son, sino por lo que parecen" (O. M., 99). Este preámbulo encierra un rico filón filosófico que Gracián no explicó: no hay diferencia entre la vida como "mostración" y el "ser" de la vida; es decir, su ser consiste en mostrarse, su ser es la acción misma. Si Gracián se hubiera propuesto desarrollar este innovador concepto filosófico de la vida de *El Criticón*, su obra hubiera trascendido absolutamente los límites moralistas de la obra. A partir de ahí, Gracián hubiera podido ir esclareciendo la inserción del pensamiento en la vida, la autocreación o cultura como exigencia del vivir, el arte y la bondad como expresiones de la vida humana caracterizada por la libertad, etc. Pero Gracián, que poseía un buen natural para la filosofía, careció en cambio del instrumental filosófico y conceptual necesario para expresar filosóficamente lo intuitivo. Tal como él mismo repite en muchas ocasiones, para todas las cosas "de nada sirve poseer un buen natural si se carece del artificio" (*El Criticón*).

Tras esta síntesis de las ideas maestras que vertebran respectivamente las novelas de Abentofail y de Gracián, se puede pasar ya a constatar cómo la filosofía en que se sustentan ambas obras están separadas por años luz; una diferencia que salta a la vista con sólo advertir el cambio de escenario y el distinto papel mental que representan sus personajes. Precisamente, un argumento esgrimido por los defensores del parentesco entre ambas obras se fundaba en el paralelismo que creían ver entre Hayy y Andrenio, por una parte, y entre Asal y Critilo, por otra. Un paralelismo absolutamente infundado, tal como vamos a ver. El solitario de Abentofail, Hayy, es un hombre reflexivo, seguro de sí mismo, capaz de llegar al éxtasis intelectual por propio impulso racional. En cambio, Andrenio, el solitario de Gracián, es pura fragilidad; un hombre que siente pero que no piensa ni juzga con criterio propio. Por eso cae constantemente en el engaño, porque no sabe distinguir siquiera entre la apariencia y la realidad. Necesita constantemente de un mentor, en este caso, de Critilo. El compañero de Hay, Asal, es un hombre que proviene del mundo social pero que va en busca de la soledad, huyendo del vulgo. Está totalmente decepcionado de los hombres. Cri-

tilo, el hombre que llega a la isla donde se halla Andrenio, es un hombre social, que ha vivido en el mundo y que no renuncia a él porque considera el mundo como el ámbito natural donde el hombre ha de desarrollar sus dotes naturales. Critilo, firme a base de experiencia, sabe cómo hacer frente a las dificultades que ofrece la vida social. Hayy y Andrenio son dos grandes solitarios pero que viven la soledad de distinta manera. Para Hayy la soledad expresa un estado bondadoso de la naturaleza no alterada aún por la civilización; por eso mismo la razón natural es capaz de elevarse por sí misma a las máximas cumbres especulativas. Para Andrenio, en cambio, la naturaleza física es adversa, y la naturaleza humana, aunque nace muy imperfecta, sin embargo, es perfectible a base de esfuerzo y de experiencia. Hasta que el hombre no aprende a hablar y con la lengua asume la cultura, el hombre permanece en una completa imperfección. "Es el hablar efecto grande de la racionalidad, que quien no discurre no conversa". "Entre aquellas bárbaras acciones rayaba como en vislumbre la vivacidad de su espíritu, trabajando el alma por mostrarse; que donde no media el artificio, toda se pervierte la naturaleza" (*El Criticón*, I, 1).

Respecto a la ética y a la moral, ya hemos visto cómo para Abentofail la ética no constituye un saber autónomo cuyo fin específico consista en dirigir las acciones según su propia naturaleza; porque resulta que los animales realizan sus propias acciones tan perfectamente o mejor que pueda realizarlas el hombre, en cuyo caso habría que decir de los animales que también tienen una ética. Por tanto, las acciones, consideradas en sí mismas son indiferentes. La filosofía está por encima de la ética; ella y sólo ella es la garantía de una vida virtuosa y feliz. Un místico racionalista de la edad moderna, Benito Espinosa, ha expresado esta misma idea de la siguiente manera: "La vía que, según hemos mostrado, conduce a ese logro parece muy ardua. Y ardua ciertamente debe ser lo que tan raramente se encuentra. En efecto: si la salvación estuviera al alcance de la mano y pudiera conseguirse sin gran trabajo, ¿cómo podría suceder que casi todos la desdeñan? Pero todo lo excelso es tan difícil como raro" (*Ética*, V, XLVII).

Muy distinta es la postura teórica de Gracián respecto a la ética y a la moral, hasta el punto de que *El Criticón* resulta ser una obra esencialmente moral, centrada toda ella en la descripción de la vida individual y social. Gracián ha acotado la vida como problema y como objeto de captación intelectual. Además, tan imbuido está Gracián de pesimismo respecto a la naturaleza humana y a la socie-

dad que se ha quedado como inmovilizado en el análisis de las acciones humanas, de sus intenciones y del posible dominio de las mismas. En un mundo en el que todo anda trucado y en el que podemos ser víctimas en cualquier momento de sus aviesas intenciones, piensa Gracián, no nos queda más remedio que armarnos de virtudes combativas: la cautela y la prudencia. "Conocer a los demás y que nadie te abarque", son las virtudes que sintetizan la tecnificación de la moral gracianesca.

En el ámbito de la ética y de la moral las diferencias entre Gracián y el autor de *El Filósofo autodidacto* son infinitas. Por ejemplo, respecto a la naturaleza, Hayy está poseído de una gran ingenuidad metafísica: le cuesta creer que los demás hombres no hayan alcanzado aún el nivel místico-racional que él ha conseguido con su propio esfuerzo mental. El ambiente idílico, pacífico en el que nace, rezuma optimismo en la bondad natural. Pero qué diferente es el caso de Andrenio: "Madrastra se mostró la naturaleza con el hombre", exclamó Critilo al ver tan desvalido a Andrenio (I, 1). En lo que verdaderamente coinciden Gracián y Abentofail es en su pesimismo respecto de la sociedad humana. Cuando Hayy, acompañado por Asal visitó la isla habitada por hombres, descubrió un continente humano inimaginable; ambos se volvieron decepcionados a su isla deshabitada. Por su parte, Gracián, que tiene presente al hombre real, al hombre de su época, al hombre que vive en un siglo de plenitud estética pero también de decadencia moral y política, tampoco anda sobrado de optimismo. Gracián está convencido de que el origen de casi todos los males humanos proviene de la sociedad, porque ha sido la sociedad la que ha desvirtuado una parte de la bondad natural del hombre. Por eso habla tanto de la bilateralidad o de la condición mixta del hombre: "ser a la vez paloma y serpiente"; con ello está indicando no tanto cómo es el hombre en sí sino qué ha llegado a ser. El hombre del que habla Gracián es un ser que vive engañado pero que, sin embargo, conserva aún las posibilidades de recuperarse entrando por la vía del desengaño.

¿Qué cabe esperar, pues, de una sociedad tan malintencionada? Según Hayy hay que huir de la sociedad y refugiarse en el ámbito de soledad abierto en el propio interior. Según Gracián no cabe la renuncia a la sociedad, sino la acomodación a la misma, ya que la huida nos impediría ser héroes. Sin sociedad tampoco habría admiradores de nuestras excelencias, y sin vulgo careceríamos de materia sobre la que levantar nuestro propio pedestal. Evidentemente, Hayy, musulmán, es mucho más benévolo con el vulgo que el jesuita P. Gra-

cián. Porque Hayy piensa que se es vulgo por pura mala suerte, por no haber sido elegido eternamente para vivir la vida místico-racional. Por eso, al vulgo siempre le queda una ánora de salvación: la religión, la filosofía de las masas. El vulgo vive la verdad en el ámbito de la imaginación sin alcanzar el concepto filosófico ni la unión místico-racional. La religión proporciona felicidad. Al vulgo, no conviene instruirle en las verdades racionales; por eso, Hayy y Asal volvieron a la isla deshabitada, dejando a Salaman en el mundanal ruido, conscientes de que ahí era feliz con sólo cumplir los ritos y las prácticas morales propias de su sociedad. En *El Criticón*, Critilo es un hombre esencialmente social. El hombre no puede renunciar a ese elemento constitutivo de su personalidad. Pero como la sociedad es el ámbito donde el “parecer” vale tanto como el “ser”, el hombre ha de ser, por encima de todo, un buen estratega de sí mismo. En esa lucha de destellos y de ocultamientos Critilo recomienda a Andrenio dos tácticas fundamentales: huir del vulgo y aproximarse al hombre superior. Gracián es inmisericorde con el vulgo y no le concede ninguna salida humana ni religiosa. Al hombre de realces le queda siempre la esperanza de alcanzar una inmortalidad aunque sea ficticia como la inmortalidad literaria.

#### 4. — CONCLUSIÓN

A lo largo de estas páginas nos hemos centrado en la exposición del trasfondo filosófico de *El Filósofo autodidacto* y de *El Criticón*. La conclusión que se impone tras esta síntesis es que ambas obras no son parangonables. Emilio García Gómez y Klaus Heger, entre otros, han llegado a la misma conclusión a través del estudio de los aspectos lingüísticos y narrativos de ambas obras. Así pues, mientras no se demuestre lo contrario, el “Cuento del ídolo y del rey y de su hija” ha de ser considerado como la fuente común de inspiración de ambas obras. Se trata de un cuento anónimo, exótico en la España musulmana por sus constantes alusiones a Mesopotamia, muy anterior, por tanto, al siglo XII (época en que vivió Abentofail), pues los cuentos necesitan largo tiempo para hacer esas migraciones. “Los cuentos forman un género volandero y son las verdaderas aves migratorias de la literatura” (E. García Gómez). Tanto Abentofail como Gracián aprovecharon aspectos de ese cuento por tratarse precisamente de un cuento poco conocido en España.

Aunque los defensores de la imitación de Gracián respecto de *El Filósofo autodidacto* siempre habían circunscrito la imitación a

las primeras páginas de *El Criticón*, sin embargo, hemos tratado de rebasar lo anecdótico de esas primeras páginas para entresacar algunas ideas maestras del fondo filosófico que anima las obras de Abentofail y de Gracián, y de esta forma dar una mayor contundencia a los argumentos en contra de la imitación. Así, ha quedado claro que en el ámbito estricto de la filosofía Abentofail es un racionalista: el solitario Hayy es capaz de descubrir las verdades últimas por sí mismo y sin ayuda exterior. El solitario de Gracián, Andrenio, colocado en el umbral mismo de su propia conciencia pregunta por su "ser". Pero Andrenio no es un hombre ansioso del conocimiento de los principios y verdades primeras, sino que su afán se dirige al conocimiento de la vida, sobre todo de la suya propia. Critilo viene en su ayuda y le hace experimentar la vida a través de una larga peregrinación. Andrenio va cosechando un saber deducido de la vida, de la observación del comportamiento de los hombres. Por esto hemos indicado que mientras en Abentofail no hay una ética autónoma porque la consumación de la vida humana se realiza en la contemplación pura, en Gracián sucede todo lo contrario: frente al inicial estado natural de la razón representada por Andrenio, Critilo apela al testimonio de la *sindéresis* o razón práctica decantada a través de la experiencia humana y social. *El Criticón* es fundamentalmente una obra moral, y ésta se configura como un saber autónomo. Hasta tal punto parece ser cierto esto último en *El Criticón*, que Gracián no se ha atrevido a sobrepasar el límite de la motivación humana en la conducta del hombre. Gracián no trasciende a un racionalismo cristiano ni siquiera a una moral religiosa; se ha quedado en el límite mismo donde acaba la motivación humana en el obrar.

Si tanto Avempace como Abentofail aspiraban a que sus respectivos solitarios pudieran llegar a formar comunidades de solitarios unidos por un puro ideal especulativo, Gracián sustituye la sociedad de hombres solitarios por la de hombres experimentados, es decir, una sociedad formada por todos aquellos que inspirados por una recta *sindéresis* han adquirido el dominio total de sus propias vidas. Ciertamente que Gracián soslaya el tema religioso a lo largo de *El Criticón*, pero su motivación es ajena por completo a la motivación filosófica de Abentofail. Hayy, tras oír a Asal, se admira de que sus verdades naturales concuerden con las verdades religiosas de éste; pero esa admiración es pasajera porque pronto descubre el papel subsidiario inherente a la religión: ser una filosofía de masas. Gracián sabe bien que la religión exige para ser tratada un nivel

*Gracián y su época*

discursivo distinto del que él se ha propuesto al escribir *El Criticón*, y que hemos calificado de ético o moral. Pero al apurar la motivación humana hasta su límite, Gracián parece querer indicar que tal límite es también el inicio de otra peregrinación humana que él no ha explicitado con claridad.